

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 8 DE ABRIL DE 1923

NÚM. 20.026

HISTORIA DE UN GENIAL MALOGRADO



ACE dos años murió en Buenos Aires un escritor singular que apenas dejó un rastro de obra lograda. Murió ignorado del gran público; pero tan amado por los que le conocían, que cada vez adquiere su memoria un prestigio mayor en la conciencia de los selectos intelectuales argentinos.

Escribió poco, más bien, nada. Tenía un espíritu extraordinariamente agudo y cultivado, y todas las imponderables dotes con que quiso enriquecerlo el cielo él mismo las malbarató por secretos motivos psicológicos. Podría llamarse el genial fracasado, y en tal sentido recordarlo aquí, mientras un prurito de llanto asoma a mis ojos a instigación de la amistad que nos uniera.

Un día abrí el periódico que llegaba de Ultramar, vi el retrato suyo a dos columnas y toda el alma se me nubló de tristeza. ¡Se acabó! Ya no existía la fuerte y luminosa inteligencia que estaba asistida, milagrosamente, por un corazón amable, por un carácter delicado. La Providencia, como deleitándose, había querido reunir en él todas y las más raras perfecciones; ni la belleza física quedó ausente (rubio, blanco, mirada azul, claridad de mancebo germánico o escandinavo). Pero al final, ¿cómo es que se fatigó la Providencia?... Lo cierto es que le faltaba el ímpetu ambicioso, el ahínco perseverante, la codicia arribista, el valor o el impudor de la publicidad y ese grano de grosería batalladora y emuladora y acumuladora que es imprescindible en esta gran (¡horrible nombre!) «ducha por la vida» de nuestra trepidante civilización. Faltándole lo esencial para el triunfo, para lo que hoy se llama triunfo (le faltaba, ante todo, grosería, brutalidad), Emilio Becher se apartó a un lado y esperó, fumando, bebiendo, conversando, sonriendo, a que llegase la muerte. Y con su propia conducta hizo que la muerte se anticipara.

El Atlántico es ancho, la ausencia es larga; sin embargo, la figura de Emilio Becher surge delante de mí, mejor dicho, dentro de mí, con una claridad de rasgos sorprendentes. Es porque era de aquellas personas de rica humanidad que nos interesan por su complicación inextinguible, y al mismo tiempo por el relieve muy acusado de sus líneas morales.

Lo veo en la actitud del primer día, cuando su curiosidad de psicólogo penetrante le lleva a buscar el trato con el nuevo redactor que acaba de ingresar en el servicio nocturno de *La Nación*. Su timidez y la mía colaboraron en aquel preámbulo de la presentación obligada, como la turbación colabora siempre, o sea con zurdas sonrisas y vagos tartamudeos; mientras tanto, las miradas se buscaban, se interrogaban mutuamente. Y a las pocas palabras, la rica humanidad de aquel hombre profundo y delicado habíase hundido, como un sello, como una huella, en mí sé para siempre.

El gran público no conocía a Emilio Becher; no lo conocerá jamás. Si lo conociera bien, casi tendría razón para aborrecerlo. Porque aquella poderosa inteligencia, que pudo crear tantas bellas obras, decidió reservar sus eximias cualidades para la amistad, para la conversación de unos cuantos. Le volvió la espalda al público y se dedicó al cultivo de la amistad.

Y la palabra amistad, ¡qué energía, qué trascendencia alcanzaba en aquel hombre verdaderamente cordial! Un poco niño, le asustaba estar solo. Pensar, soñar, dudar, fumar, escribir: todo gustaba hacerlo en compañía. Su mo-

mento aciago, el momento preterido hasta lo más tarde posible de la madrugada, era el de recogerse en su casa y entrar a la alcoba. Pero es que su soledad se poblaba de dudas, de terrores, de interrogaciones morales.

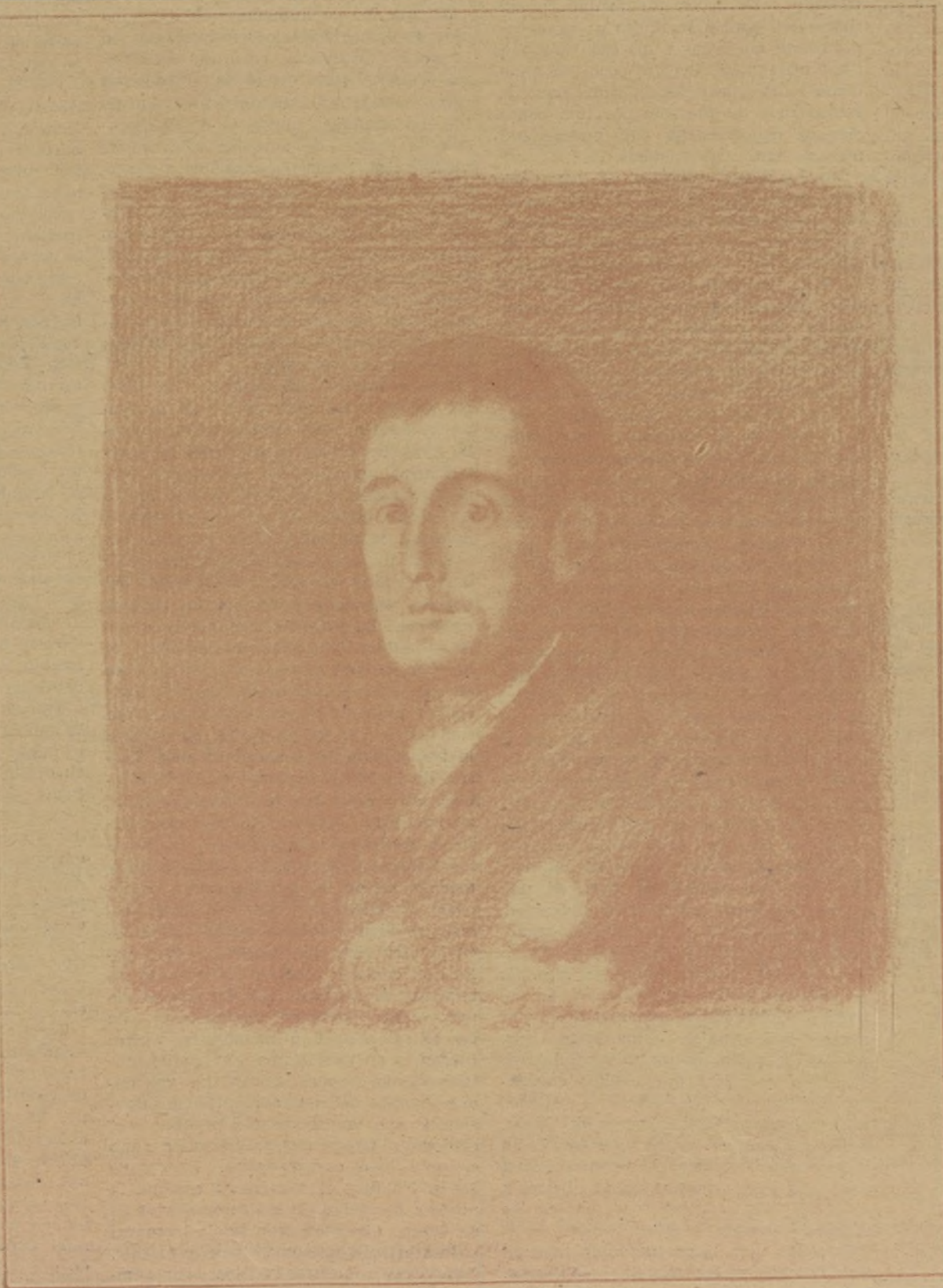
Era una de las primeras plumas de la Argentina, uno de los más altos espíritus del Plata, y su nombre lo conocían sólo unos cuantos profesionales. El tumulto de la gran ciudad bonaerense pasaba junto a ese hombre de mirada azul, aire azorado y mal fachada vestimenta, sin que la ciudad soberbia y afanosa comprendiese que allí mismo, en el hombre rubio y poco brillante, se re-

concentraba uno de los más ricos granos de sal divina, por cuya virtud se espiritualizaba la inmensa urbe. Porque ese escritor extraordinario, para ser en todo extraordinario, no firmaba sus escritos. Redactaba sueltos anónimos y nada más. Y aun esos sueltos, o pequeños artículos, había que arrancárselos como a la fuerza, con exhortos, conminaciones, ruegos y toda suerte de maniobras.

En Europa no se concibe fácilmente al escritor talentado que mantiene su anonimato por propia voluntad; sobre todo, esto es poco comprensible en Francia y en España. Nuestro diarismo padece de la manía exhibicionista. Un personalismo exaltado, angustioso, hace que el último de los rasguartillas aspire a estampar su firma al pie de sus trabajos, aunque no más sean que simples telegramas o corrientes reportajes. Emilio Becher cultivaba el anónimo con una especie de terquedad contradictoria, por diferenciarse de los otros escritores incontinentes que buscan la publicidad con ansia enfermiza y con grosero impudor.

Tuve, pues, que contentarme con la lectura de los artículos anónimos que de vez en cuando, nunca demasiado a menudo, entregaba al periódico. Y entonces no hacía falta que el propio autor ni alguno de los compañeros del diario me revelase el secreto: el artículo no llevaba firma y era inconfundible; todo él era una firma. Y casi siempre se trataba de un artículo corto, un suelto dedicado a cualquier asunto de segundo orden.

Todos los que le conocían sentíanse arrastrados hacia él y como prendidos a él por garras misteriosas. El respeto que despertaba su espíritu sagaz, enormemente cultivado y extraordinariamente comprensivo, era unánime. Y esto lo lograba con la más rara espontaneidad del mundo, sin la menor maniobra autorita-



GOYA.—EL DUQUE DE WELLINGTON

LA TRADICIÓN DE LA ELOCUCIÓN ESPAÑOLA

(Con motivo de un libro de Azorín)

ria, sin un vestigio de pedantería o farisanería. Yo no recuerdo nada parecido. Y es que de todo él trascendía efectivamente el don genial. Tenía genio y así está dicho todo. Yo he conocido bastantes hombres de gran talento, de extraordinario talento; pero en el talento, por grande que sea y por extensamente que se proyecte, siempre hay algo de limitación; es como si conociéramos, a pesar de todo, sus límites, su no poder ir más allá de los razonamientos comunes y cotidianos.

Aquel Emilio Becher, al contrario, su genio en sus compañeros, y es claro que especialmente en los jóvenes, la idea de que en él había siempre un punto inexplorado para los demás.

Tal vez fué esto lo que le perdió. Porque al dotarle de ese «punto de genio», la Providencia descuidó el terminar la empresa. Le faltaba algo. Así fracasó aquel interesante genio.

Precoz adolescente, fué sin duda mimado con exceso desde el principio; su inteligencia produjo un deslumbramiento en los demás, que a él mismo acabó por arrebatarlo. Y todos, y él mismo, concibieron excepcionales esperanzas sobre su destino, anunciando obras y acciones fuera de lo común. Pero después, al ir a realizar la obra, naturalmente, titubeaba por miedo a que el acto no se correspondiese con el augurio, con la promesa. Por otra parte, el medio brutalmente mercantil de la Argentina lo aplastaba. Y después, naturaleza distinguida, voluntad indolente, la acción le producía desgana. Como un joven mimado deja deshacerse el rico patrimonio de la herencia, en sus manos se le deshacía el genio.

Tenía una honda distinción moral. Mezcla de europeo del Norte y de vasco, su conciencia le gritaba con voces imperiosas que su carácter de criollo no podía resistir. Cuando su conciencia le acusaba por el mal que hacía, por la obra que no cumplía, por la vida hermosa que estaba malbaratando, entonces se le podía ver sombrío, triste, pronto a las frases dolorosas o amargamente humorísticas. Si en aquel trance tenía dinero o encontraba a un amigo generoso, corría al bar de la esquina a sumirse en el embrutecimiento del whisky. Decía: «Yo soy un bebedor estoico, porque el whisky me resulta de horrible sabor.» Pero lo importante para él no era el gusto paladial de la bebida, sino la embriaguez y cuanto de excitación y de aturdimiento comporta el alcohol.

¿Quién sabe! Unos cuantos hombres de privilegiada inteligencia bastan para salvar de la grosería a todo un país; no puede nunca decirse que sus vidas son estériles. Mientras esos hombres velan, la muchedumbre se agita en su mundo de codicias y frivolidades. A veces son de apariencia tan humilde e ignorada como era la de Emilio Becher.

La gloria no trascendía, pero sí los efectos íntimos de su inteligencia. El lector transeunte y distraído, al pasar la vista por las numerosas y heterogéneas columnas del diario, de pronto, se detenía y prestaba atención; algo, superior a su frivolidad de lector muy atareado, le había cogido. Y cuando el suelo quedaba absorbido íntegro, el volumen espiritual de ese lector pasajero hubiese enriquecido y agrandado.

Uno sólo de estos hombres de alto espíritu alcanza a hacer el milagro de transformar una ciudad, llenándola de tino y de trascendencia. Mientras esos espíritus viven, el país puede seguir su curso confiadamente. Es la persona certera, sagaz, penetrante, vigilante, sabia, cuya perspicacia crítica sabrá poner la objeción, el elogio, la palabra justa para los ademanes de la multitud.

José María SALAVERRIA

QUERRÍA escribir algunas notas marginales al último volumen crítico de Azorín: *De Granada a Castelar*. No necesito insistir sobre las condiciones de exquisita amenidad de esas páginas, que tan sutilmente despiertan en el lector una *capacidad de diálogo* con el autor y tan sobriamente saben descubrir las nuevas perspectivas.

De Granada a Castelar... ¿Hay, entre esos dos nombres, una relación de contraste? ¿Representan el principio y el fin de una evolución transformadora? No. Uno y otro son manifestaciones de una misma cualidad nacional: la profusión, la abundancia, la retórica. No doy ahora a esta palabra, *retórica*, un valor despectivo. Me limito a determinar un carácter literario. Granada y Castelar son dos elocuciones paralelas al servicio de causas diversas. Son ejemplares de un tipo literario en el cual prevalece la extensión sobre la intensidad, el valor cuantitativo sobre el cualitativo.

Fray Luis de Granada no ha sido estudiado todavía en su verdadera significación. Azorín se limita a juzgar aspectos de su estilo y de sus opiniones como preceptista. Pero, a poco que ahondemos en su naturaleza íntima, nos convenceremos de que sólo por una confusión de conceptos ha sido posible enumerarle entre los místicos.

Un expositor religioso, un controversista, un apologetico, no es forzosamente un místico. El místico procede por intuición; el expositor o comentarista sagrado procede por deducción pedagógica. Este habla de Dios. Aquel habla con Dios. Escojamos, como ejemplos opuestos de uno y otro, a San Juan de la Cruz y a Granada. Aquel prorrumpe en unos versos de *inspirado*, según el puro sentido del vocablo; lucha con la oscuridad de las visiones inefables; llega a incurrir en el balbuceo y la glosolalia; fluctúan sus imágenes entre el espasmo amoroso y el símbolo inasequible, celeste. La pobreza del lenguaje humano le encadena a las imágenes carnales. Después, pasado el éxtasis, quiere glosar por medios racionales aquello mismo que compuso durante su divino arrebato.—El caso de Fray Luis de Granada es precisamente inverso. Quiere también glosar, pero no una exaltación personal de lirismo, sino un aspecto concreto de la fe dogmática; y al servicio de ese empeño pone todo el arsenal humano de la retórica, dominada por él con toda la destreza de un maestro.

He citado a Juan de la Cruz como antítesis inmediata respecto a Granada. Pero los místicos no pertenecen todos al mismo tipo. Sin salir de la tradición española, Raimundo Lulio es de otra categoría. No escribe en vista de una plasmación sentimental de la divinidad, sino que se lanza a un esfuerzo gigantesco para amoldar la expresión filosófica a la intuición personal de Dios. Es un místico de tipo intelectual, y su potencia de ultravisión opera siempre por medios conceptuales. Juan de la Cruz, por el contrario, es un místico de tipo sensitivo, y actúa por medios emocionales.

En cuanto a Santa Teresa de Jesús, también tiene su mística personal. Su medio es la fantasía, la versión divina de los tópicos profanos, la construcción alegórica, de tan rica tradición en los últimos siglos de la Edad Media.

El misticismo tiene un doble manantial: Oriente y las escuelas platónicas. En algún caso, como en el de Fray Luis

de León, la potencia mística parece más adquirida que congénita, a manera de una filiación educativa, obtenida por el estudio. Luis de León es una personalidad sometida a la confluencia de aquellas dos fuentes de misticismo, ya que era el buen agustino un hebraísta y un platónico.

Nada más diverso de tales orígenes y de tal educación que Fray Luis de Granada. Su dogmatismo fué el que correspondía a su escuela dominicana. Abrimos de nuevo sus páginas. Admirémosle todavía el raudal de su prosa, el nuevo sentido de cadencia y armonía que infunde en el idioma. Veamos en él uno de los más hábiles maestros de la forma. Pero no exaltemos su vigor lírico más allá de sus naturales proporciones. No habló con Dios, como los místicos; tampoco habló consigo mismo, como los líricos; habló siempre con la multitud, como los oradores. Esto fué siempre: un orador, un predicador, como correspondía a su comunidad.

Ya que no le llamemos místico, ¿hemos de llamarle clásico? Pero clásico en el sentido originario, en el del objetivismo sereno y puro, en el de la tradición grecolatina, Fray Luis de Granada no lo fué. La opulencia andaluza de su elocución le aparta de aquellas sobriedades magistrales. En él toma su forma característica lo que deberíamos llamar neoclasicismo español, tan diferente del francés. ¿Qué modalidad es esa? ¿Cómo podríamos caracterizarla? Aquella objetividad soberana del arte clásico, aquel predominio de la obra sobre el autor, se traduce aquí por inundación de la obra sobre el autor, sacrificando los valores ideales a los verbales.

Por lo demás, esa ausencia de lirismo personal era muy propia de la rigida ortodoxia, que precisamente luchaba entonces contra la corriente de libertad lírica aportada por la Reforma. Todo misticismo, en el fondo, es una forma de herejía, esto es, de *opinión*, personal y diversa, según el sentido etimológico.

En el Renacimiento español convivían muy diversos valores. No hablemos del clásico, entonces común a la cultura universal. La herencia romanesca o medieval estaba muy viva en España, y el nombre de Lope excusa toda prueba. Leo en ese libro de Azorín un adjetivo muy exacto, aplicado al genio de Lope: *genio romántico*. En efecto, por él se verifica la transfusión del Romancero en el Teatro, de la Epica nacional en la Dramática. Otro valor era la influencia italiana medieval, que venía a ser una especie de clasicismo sobreviviente a través de los tiempos bárbaros. Sin duda no hay modelo mejor de esa influencia italiana que Cervantes. Aun en Santa Teresa, es bien visible la huella de la escuela alegórica, tan italiana.—Otro valor era, como he dicho al referirme a los místicos, el oriental, tal vez fomentado por vagas herencias musulmanas. De esa estirpe procedían los místicos, y ellos fueron, a su modo, una especie de protestantismo español. Contra las veleidades paganas del Renacimiento, ellos opusieron una supervivencia romanesca, medieval, trovadoresca. Sirva, como ejemplo bien característico, Teresa de Jesús. No tuvo el misticismo español la austera sequedad de las heterodoxias de su época, que derivaron hacia la moral el tesoro lírico de sus visiones y éxtasis. Compárese a nuestros místicos, por ejemplo, con los contemplativos de Port-

Royal; con Bunyán; con el mismo Pascal. No se había extinguido en nuestros místicos la alegría sencilla y la esperanza confortadora.



Dedica el libro de Azorín un largo comentario a Saavedra Fajardo, personalidad intermedia en aquella evolución literaria. Y antes de referirse concretamente a Castelar, hablando del romanticismo prematuro de Meléndez Valdés, señala como génesis del movimiento romántico la tendencia humanitaria salida de la crítica social del siglo XVIII. Me parece justa la afirmación; pero en la formación del romanticismo actuaron causas muy complejas, algunas de ellas contradictorias.

La revisión de Castelar necesitaría también largo espacio; acaso la hora no ha llegado todavía. Castelar, en la elocuencia española, dando a la palabra *elocuencia* su concepto más amplio, renueva el caso a que me refería al hablar del predominio de los valores extensivos sobre los intensivos. Esa tendencia, unida a la rigidez de la fe, es la causa primera de nuestra pobreza lírica, comparada, por ejemplo, con la abundancia dramática. Y en el mismo Teatro, la trama y la verificación, tan ricas y opulentas, están en desequilibrio con la debilidad de los caracteres. Hasta en el teatro español de nuestros días se nota la misma desproporción.

«Falta en la obra de Castelar, dice Azorín, la hondura trágica de las cosas.» Pero afirma que fué «el último español europeo». Afirmación grave es ésta, por las consecuencias que envuelve. Yo creo que, aun en la generación de Castelar, encontraríamos algún otro nombre que mostrara la tragedia íntima del conflicto entre su europeísmo personal y la adaptación del país. ¿Acaso fué otra cosa Pi y Margall? Castelar, en cambio, fué sin duda el más «español» de su escuela política.

Si tuviésemos que condensar el carácter literario de ese gran orador, de ese gran *rhétor*, diríamos que fué un hombre empeñado en dar a su producción formas desproporcionadas a su potencia; un escritor erudito y elegante, obstinado en fabricar epopeyas como un bardo. El *flatus vocis* le arrastró muchas veces, como a su gran maestro Víctor Hugo, en la fluencia sin fin del *oropel que se llama antítesis*, según de Hugo afirmó Musset. Transfiguró la Humanidad a golpes de metáfora, como una pasta de Creación en manos titánicas. Pero estuvo sometido, como perfecto romántico, a una depresión que debía amenguar forzosamente su obra: la duda, la fluctuación, la ambigüedad entre los valores tradicionales y los renovadores. Recordemos su deísmo vago, sus recaídas de patriotismo viejo. Fué un temperamento de transición, y no pudo afirmar, entre los dos mundos que junto a él chocaban, su energía personal. Renán, como nota Azorín, influyó mucho en él, por esas piadosas fluctuaciones. Pero no debemos olvidar que esa influencia no alcanzó a moderar el torrente impetuoso de su estilo, hojarascoso y gárrulo, que tanto dañó a la integridad y a la supervivencia de su innegable ideología.

Todo el que sienta la añoranza de la soberanía del ideal en la política ha de recordar con filial gratitud el ejemplo de esos hombres como Castelar, a quienes la Historia, parcial y miope, ha achacado como un estigma el fracaso del pueblo que intentaron modelar y realzar; aquel fracaso que, muy al contrario, prueba en ellos tal superioridad sobre su pueblo, que éste no alcanzó jamás a dialogar con ellos, a ser digno de que ellos pusieran en él sus manos.

Gabriel ALDMAR

GRAFOLOGIA.-PINTORES Y ESCULTORES

*Si mi tormenta ^{infinito} ~~la~~ ardoro
Il volto rosso il seno calmo e bianco
Conto tondo delicato franco
Ha di vaghezza che atagha di splendore*

Escritura de Rafael Sanzio. La curva es la línea de la gracia y de la suavidad; en la escritura, y cuando va acompañada de superioridad intelectual, es el signo visible del sentimiento de la belleza y de la fuerza creadora. El ángulo es duro y enérgico; la curva, suave y atractiva. El lenguaje—poesía fósil, según la expresión de Emerson—al decir: *carácter anguloso*, es menos metafórico de lo que parece, y responde justamente a una realidad interna.

Así, esta preciosísima escritura del pintor de Urbino, refleja con exacta fidelidad, no sólo su genio pictórico, sino su naturaleza, que Gobineau calificó de *moitié féminine, moitié enfantine*, por su sensibilidad y por su ternura. Estas cualidades resaltan en su grafismo, unidas a la intuición y al gusto estético. Los rasgos comunes a los artistas plásticos, son un fuerte relieve, como si escribieran con el pincel, y las curvas, estéticas.

Pietro Paolo Rubens

Firma de Pedro Pablo Rubens. El fastuoso pintor flamenco tenía una escritura alta y suntuosa de gran señor, donde hay más altivez que sensibilidad. Pero, aparte del carácter del hombre, ¡qué imaginación de fuego en las empenachadas mayúsculas! ¡Qué limpio relieve en todo el trazado! ¡Qué sobriedad de inteligencia superior en el tono general del grafismo!

Rembrandt

Porque aún no basta el sentimiento de la línea y del colorido para ser un gran pintor: hace falta el genio, sin el cual el pretendido artista es algo como el mono que se olvidaba de encender la linterna mágica. Vea el lector la genial firma de Rembrandt.

Auguste Rodin

Firma de Augusto Rodin. Rapidísima, centelleante, está rubricada por breve y enérgico trazo, casi horizontal.

Ignacio Zuloaga

Nestor

Firmas de Zuloaga y de Nestor. En ambas hay relieve gráfico. En la de Nestor es de advertir el enorme arco de la inicial, el deseo de producir efecto, *d'épater le bourgeois*. Por toda rúbrica, un subrayado frecuente en las firmas de artistas.

*es estudio. Lo viene en punto, pero como primo volver
el mes de setiembre a' mas de que traere las fotografías
que V. solicita. Tienes en mucha tuvier. El puede con
placer a' V. con los datos que necesite
Mande de su apm. 18 23 4 19
Domingo Rusiñol*

Escritura de Rusiñol. Este grafismo, fino y delicado, parece más bien de un poeta; pero ¿acaso no lo es Rusiñol? Y precisamente no menos en sus paisajes que en su literatura. En las líneas descendentes, caídas, hay melancolía, depresión.

sentido de Naturaleza que

Victorio Macho

Escritura de Victorio Macho. Si hay un grafismo que reúna las características del escultor, es éste, sintético y viril, de tan recio relieve, que en el autógrafo se advierte al tacto, de intuición sorprendente, con letras tipográficas—véase la *ceda* de *Naturaleza*, además de las mayúsculas—de proporciones grandiosas, y con el nombre erguido sobre el robusto pedestal de la rúbrica. Digno cincel de realizar el vasto plan del *Altar de Castilla*.

M. RAS

De la Société de Graphologie de Paris.

LA PULGARCITA DE ORO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

ERANSE un marido y una mujer muy pobres; pero se querían tanto y eran tan buenos, que hubieran sido dichosos de haber tenido lo que más deseaban en este mundo: un hijo.

La mujer, sobre todo, estaba desesperada, y al quedarse sola en casa, cuando su marido se marchaba a trabajar, lloraba sin consuelo.

Una mañana, Prudencia — así se llamaba la buena mujer — estaba regando sus flores, cuando vió en un rosal una rosa blanca, tan hermosa y perfumada, que la cortó y la colocó en un vaso sobre la mesa para adornar la habitación. Y al hacer esto, suspiró:

—¡Ay, rosita blanca, qué bien te quería y mimaría yo si en lugar de flor fueses niña!

No bien había pronunciado estas palabras, cuando he aquí que los pétalos se entreabrieron, y en medio de la flor apareció una criaturita microscópica y linda que exclamó con dulce vozecita apenas perceptible:

—¡Hola, mamaita! Dame un beso.

La buena mujer se quedó con la boca abierta; corriendo y gritando fué en busca de su marido para enseñarle el prodigio, y ambos estuvieron a punto de enloquecer de alegría ante la hija que les acababa de nacer de una flor.

Cierto que aquella hija era una hija en miniatura, toda ella cabía en la palma de la mano; pero, ¡bah!, era tan bonita, tan graciosa y tan extraordinariamente lista y espabilada, que sus papás hubieran sido muy exigentes si no se hubieran dado por satisfechos.

—Bien chiquitín era el Pulgarcito del cuento — decía Tiburcio —, y, sin embargo, hizo la fortuna de sus papás y conquistó una gloria universal.

Y como, además de chiquitita, la nena era adorablemente rubia, resolvieron llamarla Pulgarcita de Oro.

La alimentación de Pulgarcita fué fácil y económica: con un dedal lleno de leche, en sus primeros años, y más tarde, con un garbanzo y un bombón de chocolate, tenía comida abundante para un día entero. En cuanto a sus vestidos, los de invierno se los hacían con una punta de una toquilla de su mamá, y los de verano, con un puño de camisa de su papá.

Tiburcio estaba cada día más orgulloso con su hija, que, si bien no ganaba un milímetro en estatura, progresaba a ojos vistas en belleza, gracia e inteligencia; en cuanto a Prudencia, se había vuelto la más dichosa de las mujeres y de las madres, ya que, mientras hacía las faenas de la casa, charlaba hasta por los codos con su nena, instaladita sobre una mesa, encaramada sobre un carrito de hilo o acurrucada en una cáscara de nuez.

Claro está que la exigüidad de su estatura la exponía constantemente a mil peligros: así, por ejemplo, un día se cayó en una salsera, y si bien la sacaron a tiempo de que no se ahogara, como la salsa tenía vino de Jerez, la pobrecilla estuvo durante dos días más borrachita que una cuba. Otra vez la picó un mos-

quito, y poco faltó para que se muriera de resultas de aquella horrible herida.

Pero todo esto no es nada comparado con lo que voy a relatar:

Un día, Prudencia, al ir al campo a tender la ropa, se llevó, según costumbre, a su hija en el bolsillo del delantal, y al llegar al prado la colocó suavemente en la hierba para que tomase el sol.

Debo confesar que nuestra diminuta heroína era bastante presumidilla y no le hacía gracia que el sol tostase su piel, más blanca que la nieve.

Junto a ella, una pequeña margarita silvestre erguía su cabecita amarilla aureolada de rayos blancos.

—He aquí la sombrilla que me está haciendo falta — pensó Pulgarcita.

Y con una navajita del tamaño de un alfiler que su papá le había regalado para que se defendiese contra los insectos,

cayese dentro un insecto inoportuno y repugnante, y como el soberano era bastante goloso, esto era lo que más le desesperaba.

Aquel día su majestad se hallaba en el jardín de su palacio y un cortesano le presentaba un tazón de leche recién ordeñada. El rey cogió el tazón y murmuró:

—Me dará prisa en tomarla, no sea que alguna mosca o...

No pudo acabar; una cosa, un bicho, lo que fuese, caído del cielo, al parecer, ¡ploc!, acababa de caer dentro del tazón, y la leche, espumosa, salpicaba desastrosamente el traje del soberano.

Su majestad lanzó un grito, el cortesano lanzó otro, la taza cayó al suelo, haciéndose añicos — era de china finísima — y derramando la poca leche que quedaba. Y tal era la ira del rey, que cuando

de un hombre que ha cumplido con su deber. Entonces fué cuando se advirtió la desaparición de la condenada, y por mucho que la buscaron fué imposible dar con ella.

Entretanto, la avispa Pulgarcita de Oro viajaba cómodamente sobre la cabeza del señor presidente, que iba a su casa en una silla de mano; agarrándose a los bucles de la enorme peluca se fué deslizándose hasta el suelo, y al llegar el presidente a su casa, mientras él salía por una puerta del vehículo, salía por la otra la fugitiva.

La pobre Pulgarcita, temblando de miedo de que algún transeunte la aplastase con el pie, o algún gato la matase con las uñas, logró llegar a un bosque; entonces, rendida, desesperada, se durmió a fuerza de llorar, cobijada bajo una mata de hierba.

Cuando abrió los ojos quedó estupefacta: ante ella había un caballero, apuesto y gallardo, que la contemplaba; y lo asombroso era que ella, Pulgarcita, le veía cara a cara, y no como a un gigante, según estaba acostumbrada a mirar a la gente. «¿Si habré crecido yo de pronto?», se preguntó. Pero ya el caballero le decía:

—Sin duda te sorprende tanto como a mí hallar a una persona de tu mismo tamaño; sin embargo, en mí el ser tan chiquitín no tiene nada de particular, pues soy hijo del Pulgarcito del cuento, que seguramente conoces de nombre, y de la Almendrita de otro cuento, a la que también habrás oído nombrar. Pero tú, ¿cómo eres tan pequeñita?

—Porque nací de una flor — contestó la Pulgarcita de Oro, toda ruborosa, pues se acababa de enamorar de aquel señorito que parecía hecho para ella.

Pitusín — así se llamaba el hijo de Pulgarcito y Almendrita — prosiguió:

—Mis padres murieron hace ya tiempo; podíamos ir a casa de los tuyos.

—Pero ¿cómo? — exclamó la Pulgarcita, a quien el recuerdo de la buena Prudencia y el buen Tiburcio hizo romper en un llanto desconsolador. — ¡Viven tan lejos!

—No te preocupes; mi brioso corcel nos llevará adonde sea.

Silbó suavemente, y en el acto acudió presuroso un ratoncito blanco, graciosamente enjaezado. Pitusín se montó sobre él, cogió a Pulgarcita a la grupa y, ¡jarre, ratón!, el corcel echó a correr con tal velocidad, que al poco rato la pareja llegó a casa de Tiburcio y Prudencia, que precisamente en aquel momento se hallaban llorando la desaparición de su hija, a la que creían muerta.

Al poco tiempo, Pitusín y Pulgarcita se casaron; la boda fué magnífica, y los invitados admiraron la belleza y la gallardía de los novios, a los que se había instalado cuidadosamente en medio de la mesa, en una concha de entremeses.

He oído decir que tuvieron muchos hijos; pero no me atrevo a asegurarlo, pues yo, por mi parte, nunca vi la menor muestra de su descendencia.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



SEDUCCION

NOVELA CORTA ORIGINAL DE FRANCISCO CAMBA

El correo también aquel día llegó a la hora dulce de los postres. Don Juan Reigada, tan famoso en la ciudad por la figura de sus modales como por su talento de abogado, se volvió hacia Lolita Mosquera, invitada de su hija Carmen, dándole permiso para enterarse de una carta, que, ya antes de rasgar el sobre, extendía por su rostro un suave contento. Y no había terminado la lectura de la primera carilla, cuando miró a Carmen, aún más risueño.

—¿Sabes quién llega en el tren de esta tarde? Jaime Pardo.

Pero el regocijo de don Juan Reigada se apagó inmediatamente. Reanudando la lectura de la carta, exclamó con honda amargura:

—¿Qué atrocidad! ¡Qué disgusto!

Jaime Pardo, el hijo de su gran amigo Pardo, de Antas, era cierto, que dentro de unas horas estaría en Herculina. Mas no, como otras veces, para alegrar la casa de don Juan, con su carácter franco y alegre, sino para meterse en un fondo, esperando, oculto a toda mirada indiscreta, el vapor que le llevase hacia el destierro. El pobre muchacho, habiendo salido de tuna por aquellas aldeas con otros mozos de su edad, se encontró comprometido en una reyerta tumultuosa. Hubo tiros, por consecuencia de los cuales resultó muerto un mozo del bando contrario, pariente vago de Salgal, a la sazón indiscutible jefe político de la comarca. Y no era que a Salgal le importase el pariente; pero sí hacer un escarmiento. Jaime se había significado en la protesta contra su poder, y Salgal decidió que el tiro homicida era del muchacho. Y por lo importaba que éste ni siquiera hubiese llevado revólver. Sobraba gente dispuesta a declarar que él había disparado, que para realizar su obra se unió a una ronda de mozos y hasta que prometió este crimen por la mañana, al salir de misa. La Guardia civil andaba ya buscándole... Y Jaime terminaba: «Comprenderá que nada tan prudente como poner tierra por medio, pues si me echan la mano encima nadie puede librarme del presidio y de dar a mi madre el más cruel disgusto de su vida. Ciudad bastante grande Herculina, es ahí más fácil ocultarse. Busqueme, pues, una casa de huéspedes donde me escondan con gusto, y aréglame el pasaje en el primer barco.»

Don Juan, alargando la carta a su hija, volvió a decir tristemente:

—¿Qué atrocidad!

Se levantaba para arreglar el asunto de la casa de huéspedes, y Carmen le advirtió:

—No vayas a entretenerte. Ya es casi la hora del tren.

—La hora oficial. Mas para la hora verdadera nadie sabe aún lo que falta.

Nadie, en ningún momento del día, lo sabe nunca.

Al quedar solas las dos muchachas, Carmen se puso a comentar con Lolita Mosquera la existencia tumultuosa y exaltada de Jaime Pardo. Razón tenía

Salgal en pretender destruirle. De otro modo no le duraría mucho su influencia. Jaime, a pesar de su juventud, no toleraba abusos, no podía sancionar con su pasividad ciertas injusticias.

—¡Mucho le quieres!

—Nos hemos criado juntos. Somos como hermanos.

Fué a buscar un retrato de Jaime, y antes de enseñárselo miró a Lolita muy seria.

—Hemos hablado delante de ti como si fueses otra persona de la familia...

—¡Mujer!

Sin otro reproche para la insinuación molesta, contempló, curiosa, el retrato.

—¡Qué buen mozo!

—¡Y qué bueno! ¡Qué capaz de todo por seguir los impulsos, siempre nobles, de su corazón!

—Déjame en paz. Se enamoraría seguramente de ti y no lo merece.

La abrazó en seguida y aclaró aquellas palabras. Sería un crimen divertirse con Jaime, hacerlo interesarse por una mujer incapaz de un amor verdadero. Lolita se indignó. ¿Por qué le decía Carmen semejantes cosas? ¿Cuáles eran sus razones para ofenderla con tanta tranquilidad? ¿Que mudaba de novios como de camisas? Carmen había tenido la suerte de ponerse en amores con el único hombre verdaderamente amable de toda la ciudad. Ella, en cambio, tenía que resignarse a alguno de los otros. ¡Los otros! Hizo un gesto de hastío, de enojo, casi de desesperación.

—Como ya apenas les hablas, te has olvidado completamente de ellos; pero son una cosa horrible. Sólo saben decir

Carmen, comentando divertidamente su catástrofe, quedó inmóvil al verla, como ante una aparición milagrosa. Cuando supo que aquella criatura era la hija del gobernador, cambió de expresión, sinceramente asustado.

—¿Y usted será capaz de acordarse de mí al salir de esta casa? ¿Le dirá a su padre que me ha visto?

Lolita levantó hasta él los ojos castaños y burlones que un brillo súbito aún agraciaba más. Y no quiso presentarsele con un alma distinta. Contestó, como hubiera contestado a otro muchacho cualquiera:

—Esté tranquilo. Para estas cosas de que me habla suelo tener bastante mala memoria.

En aquel momento se abrió la puerta y entró don Juan. Entró protestando contra el tren, que, según veía, no se retrasó ni un instante. Llegaba siempre cuando ya nadie se acordaba de él, y de pronto daba aquellas bromas, presentándose a su hora, alterando las costumbres, trastornando a todo el pueblo merecedor de otra formalidad y otro trato. Los viajeros se encontraban sin mozos ni coches; la gente que tenía el pensamiento de esperar a un amigo recibía la sorpresa de ver al amigo esperándolo en su casa...

Se interrumpió:

—Bueno; a lo que más importa. Te he encontrado la casa segura y dentro de quince días hay barco que te lleve: un barco de emigrantes, un barco horrible; pero, al fin, un barco.

Carmen, aparte con Lolita, preguntóla:

—¿Qué te ha parecido Jaime?

—Me gusta mucho. ¡Pero mira tú si es desgracia! El único hombre que de veras podría aquí interesarme va a marcharse dentro de quince días...

Contra su costumbre de otras veces, Jaime Pardo no frecuentó los cafés ni las Sociedades de recreo. Ocultándose como un conspirador, sólo salía de su casa para ir, por calles de poco tránsito, a la de don Juan, donde se sentía seguro y donde, además, pasaba largas horas aquella tan bonita y graciosa hija del gobernador, cuyo carácter alegre y frívolo comenzaba a encantarle. Una tarde, con palabras ligeras, como por broma, le pidió amores. Ella le clavó los ojos, sin reírse:

—¿Para quince días?

Jaime calló, sorprendido de aquella gravedad y comprendiendo que su situación justificaba realmente todo el hondo reproche. ¿Cómo podía comprometerse a nada serio con mujer alguna, teniendo tan incierto el porvenir? ¿Y cómo a una mujer cual Lolita pedirle que se aviniese a encantarle los cortos días de la espera? Aquella tarde don Juan los animó a dar un paseo por carreteras poco frecuentadas, donde para Jaime no había peligro. Lejos de la ciudad se unió al grupo un muchacho, y Lola, tal vez



Lolita seguía contemplando el retrato con atención tal, que Carmen la miró risueña.

—¡Si tu padre te viese! ¡Si supiera de quién es ese retrato!

Y rió más aún, oyendo a Lola.

—¿Cómo me gusta a mí esta gente!

El padre de Lolita, de la preciosa Lolita Mosquera, asombro de Herculina desde su llegada, desempeñaba en la revuelta provincia las graves funciones de gobernador. Y tan en serio había tomado el cargo, que de nada se cuidaba tanto como de perseguir a todo posible enemigo del orden. De ahí el gozo risueño de Carmen al ver a su amiga interesada de tal modo por aquel individuo que, ciertamente, no había disparado contra el mozo muerto, pero que tal vez no hubiera tenido inconveniente alguno en disparar sobre Salgal. Después, con hartos motivos para recelar de ciertas modalidades del carácter de Lola, rogó que no le marease a Jaime.

galanterías. A alguno que me gustaba me he atrevido a indicar: «No crea que eso es indispensable; conmigo tal vez pueda hablarse en serio...» ¡Y nada! Entre todos los muchachos de Herculina no veo el marido a propósito para una tarde de lluvia, aquí que tanto llueve...

Tiempo antes se había sentido el pitar de un tren, y entonces llegó hasta las muchachas el eco del rodar de un coche que se cortó de pronto. Instantes después sonaba el llamador de la puerta, y la criada asomó:

—Ahí tienen un señorito que no quiere irse. Le he dicho que están ustedes solas; pero no se va...

Era Jaime, sin duda. Carmen salió corriendo a su encuentro, y Lolita, agachándose para verse en los espejos del aparador, arregló con rápidos toques el pelo de la frente, se pasó los dedos por las cejas para alisarlas, y luego de humedecer con la punta de la lengua los labios tersos y rojos, ya sentada en el diván, adoptó una postura displicente. Jaime Pardo, que venía riéndose con

para dar a Jaime una lección, como continuando la charla de casa de don Juan, se lo presentó con estas palabras tremendas:

—Además, estoy ya comprometida. Mi novio.

Era un mozalbete alto y rubio, con la faz rasurada y la ropa impecable. Un momento a solas con Jaime, despreció largamente el pueblo, pequeño para sus ilusiones, donde estaba condenado a vivir. No podía allí un hombre lanzarse a la más leve audacia de indumento sin provocar el molesto asombro del indígena. A él acababan de detenerlo en plena calle Real para preguntarle si aquella era realmente la última moda de chalecos. Después, desde los balcones se le llamaba a gritos: «¡Celestino! ¡Otero! ¿Qué llevas contigo? ¿Qué es eso que brilla tanto? ¡Ah, un chaleco!... ¡Enhorabuena! En un pueblo así, comprendería Jaime cuán difícil, cuán expuesto era ser elegante. Después, con abundancia de frase, elogió la elegancia de Lolita: al fin, forastera, habituada a la vida amplia de las capitales verdaderamente grandes.

—Elegante en todo, lo ha sido hasta en la manera de aceptar mi petición de relaciones. Estuvo semanas y meses riéndose de mí en todas partes. Y de pronto, cuando menos podía esperar, con esa adorable sencillez y en presencia de testigos para evitar la sospecha de toda burla, dice que soy su novio...

Afortunadamente, Lolita tardó poco en unirse a ellos.

—Usted, Celestino, adelántese — exclamó —, acompañe a Carmen si se lo consiente; acompañe, si no, a don Juan; pero dejeme. Ya no tiene nada de que hablar conmigo...

Entonces Jaime le censuró aquello de alentar, únicamente por darle a él una lección y acaso por preocuparlo, las ilusiones de un infeliz. Lolita le miró casi con severidad. ¿Quién le había dicho que sólo fuese por eso? ¿Por qué no podía interesarla de veras? ¿Qué otro allí verdaderamente superior a Celestino? Todos eran iguales. Todos le decían a las mujeres las mismas cosas. Ninguno seguramente capaz de un amor verdadero, en aras del cual se hacen esos sacrificios que tanto convencen y funden para siempre dos vidas...

—¿Qué es eso, Lolita? ¿Qué está diciéndome? ¿Quiere que hablemos en serio del asunto de antes? ¿Aceptaría usted el amor que le he ofrecido, de no verme obligado a marchar?

Se detuvo. Al pensar en su huida a otras tierras, no le había dado a aquello apenas importancia. Al advertir cuánta era la belleza y la gracia de Lolita, creyó, sin embargo, que podría renunciar a ellas fácilmente. Pero se aterraba ya viendo tan próximo el instante de la marcha. Aquellos días se le antojaban más cortos que otros algunos de su vida. Volaban. Y detenido en mitad del camino, abarcó con una mirada el mar que a sus pies moría, las montañas transparentes del fondo, las colinas cercanas, tan cubiertas de viñedo, y la ciudad, donde comenzaban a encenderse las luces y que, velada por las brumas del crepúsculo, era, a lo lejos, una hoz de oro. Luego, murmuró:

—No me pida que me quede; no me anime. ¡Sin la promesa de su amor dejo ya esto con una pena!

Y Lolita, que días antes había oído a don Juan felicitar a Jaime por las mujeres maravillosas del país hacia donde emigraba, replicó, pretendiendo vanamente hacer sus palabras aún frías y burlonas:

—¿Cómo voy a pedirle semejante cosa? ¿Con qué títulos? ¿Con qué derecho? Y rió.

—¿Ha olvidado que soy una muchacha comprometida?

Los dulces paseos se repitieron diariamente; pero Jaime poco podía hablar con Lolita. Celestino apenas la dejaba ya sola. Lo odió. Una tarde la muchacha elogió unas rosas que se veían en un jardín, más allá de la verja:

—¿Qué rosas! ¡Parecen de terciopelo!

Y ya seguían, cuando Jaime, con intención aviesa, se volvió a Celestino:

—¿Pero no va a buscarlas?

El noble muchacho habló del respeto a la propiedad. Don Juan, sonriendo páficamente, añadió que había perros y que, además, el casero de aquella quinta tenía fama de ser una fiera. Lola, por su parte, defendió al novio. No era la fiereza de los perros ni la del casero la causa de aquella actitud prudente, sino el respeto a su ropa, que no podría salir incólume de los pinchos de la verja. Celestino agradeció y aprobó:

—Exacto.

Jaime, entonces, le pidió permiso para robar las rosas y ofrecérselas a su novia. ¡Tenía un traje tan a propósito! Y sin esperar otra cosa, desanduvo el camino, saltó la verja y volvió con las flores.

—Tenga.

—¿No le han mordido los perros?

—Sí. Me han hecho ese favor. De otro modo este acto no tendría importancia ninguna.

Todo el resto de la tarde, rezagándose del grupo, estuvieron solos. Jaime volvió a pedir a Lola que hablasen en serio.

—Usted el otro día casi me aconsejaba que me quedase. ¿Por qué? ¿Es que lo quiere?

—¿Y si lo quisiera?

—Si no hubiese más remedio, si sólo así podría usted amarme, me quedaba.

—No me atrevo a comprometerme a tanto. Me da miedo adquirir semejante responsabilidad. ¡Soy tan poco segura para esto de los amores!

Y de pronto, la muchacha se puso tan seria que parecía casi triste. ¿Cómo iba a creer ella que le interesase tanto si de todo le hablaba menos de renunciar al viaje? ¿Había hecho Jaime realmente un crimen? ¿No podría probar, al cabo, su inocencia? ¿No tenía amigos que le ayudasen en esta obra? Sin embargo, estaba decidido a irse, no sólo por rehuir las penalidades de unos meses de cárcel, sino por no renunciar a la aventura dorada de aquel viaje, en premio del cual tan dulces compensaciones se le ofrecían... Jaime suspiró, moviendo la cabeza y como arredrando el pensamiento de una idea terriblemente seductora.

—Usted no conoce a esas gentes de Antas... Será imposible defenderse de ellas.

Y se detuvo.

—Yo no debo quedarme, Lolita; no debo exponer a mi madre al disgusto horrible de verme preso. Pero si de verdad tengo amigos, si la inocencia puede triunfar de todo, creo que un año bastará para el arreglo de las cosas. Y de cualquier manera yo le prometo volver en ese término. ¿Será usted capaz de esperar un año y de quererme a la vuelta?

Lolita, callada un instante, levantó la cabeza sonriendo, restituida a su frivolidad.

—¿Un año? ¿Usted sabe lo que es un año para mí? En fin, vuelva a ver. ¡Durante un año pueden ocurrir tantas cosas! ¡Pueden olvidarse tantas! Acaso entonces usted constituya otra vez en mi vida una novedad.

A prisa, a prisa, se acercaba el momento de la marcha. La víspera se supo que el buque venía sin retraso. Entraría al anochecer, a primera hora de la noche, lo más tarde, y saldría al comenzar la mañana. Por última vez salió Jaime con Lolita. Don Juan los invitó a un merendero, donde Celestino, uni-

do como siempre al grupo y terriblemente locuaz, acaparó aquella tarde, durante todo el tiempo de la merienda, la conversación. Hablaba de corbatas, de ta y abrumadoramente. ¡Las corbatas! Como ninguna otra cosa, mostraban la personalidad del individuo. Hombre que comprase la corbata en la tienda, estaba ya, por este solo acto, descalificado como persona de gusto. En la tienda debía, naturalmente, adquirirse la tela; lo demás se hacía en casa; lo hacía, al anudársela, el hombre elegante. Y se llevó las manos al pecho, presentando un ejemplo, una demostración práctica.

—Vean ustedes. Aquí tienen el modelo de la corbata ideal.

Don Juan, sorprendido, se desabrochó el chaleco y exhibió toda su corbata, que por casualidad era de la misma tela. ¡La misma, hasta con los mismos dibujos!

—¡Es igual a la mía!

Celestino reprendió con tolerancia.

—No diga eso donde puedan oírle quienes no le estimen tanto... Ya le he dicho que en las corbatas la tela es lo de menos...

Apeló al buen sentido de Jaime.

—¿Usted cree que son iguales las dos corbatas?

—No. Yo prefiero la de don Juan.

Celestino, un momento aturrido, se encogió de hombros con terrible desprecio. Jaime lo odió como nunca. Pensaba que aquel hombre se quedaba allí, viendo diariamente a Lolita, gozando el bien incomparable de la presencia de tal mujer... Reanudado el paseo, Celestino no se le acercó, a pesar de estar Lola a su lado, tranquilo, seguro de que no podría suplantarle en el alma de una elegante como aquella. Callado algún tiempo, murmuró Jaime:

—Ha llegado el momento de despedirnos, ¿y no me dice, al menos, que me va a partir con pena?

Y como le pareciese que sonreía de sus ansias y sus ilusiones, le pidió perdón con humorismo amargo.

—Por humanidad, sencillamente. No por otra cosa. No me crea usted tan vanidoso...

Y añadió que otra cosa tampoco podía, razonablemente, esperarse de una mujer como ella, tan bonita, tan formidablemente bonita. La Naturaleza no sabía hacer seres perfectos, obras verdaderamente maestras. A las estatuas no les daba corazón.

Lolita rompió a reír.

—¿Quiere que lllore por su marcha? Pues no se preocupe. Desde ahora se lo prometo.

Y hasta le alargaba la mano, como para sellar el pacto. Jaime se la sujetó fuertemente.

—Quiero oírle decir que le da pena mi marcha, que va a esperar mi regreso, que no soñará, desde ahora, con otra cosa...

Y soltó la mano, viéndola obstinarse en su silencio, llamándola mármol, bonita como un mármol; pero también fría como los mármoles...

—¿Usted qué sabe!

Y qué mirada le clavó! ¿Qué cosas tan bondas y tan dulces asomaron al cristal de aquellos ojos!

—¿Pero quién me asegura — prosiguió la muchacha — que usted piense en mí todo ese año? ¿Quién que vuelva? ¿Quién que la impresión que yo tal vez le haya hecho no la borren en su alma otras mujeres?

Sería y triste, estaba bonita como nunca. Y aquellas palabras las oyó Jaime con un miedo hasta entonces no sentido. Pensó que durante el año de ausencia otros hombres horrasen en Lolita la emoción con que lo veía marcharse, con que deseaba sujetarlo a su lado...

Era ya casi de noche. Las sombras comenzaban a caer sobre el paisaje, y los

pájaros, piando, tornaban al refugio de las umbrías. Jaime decidió:

—Yo no me marchó. Pase lo que pase, no me marchó...

Lolita le contempló deslumbrada.

—¿Y si luego resulta que realmente no tengo corazón?

Aquella noche Jaime no se ocultó como otras veces. Lejos de dirigirse a casa por calles desiertas, paseó a lo largo de los muelles, saboreando el placer de su decisión y con ella una cosa más dulce que dentro del alma le nacía. ¡Quién supiera! Tan frívola Lolita había entonces, acaso lo fuese en apariencia sólo. Acaso la estatua tuviese adornado el gran corazón que le deseaba, quizás, como en la leyenda, pudiese poco a poco despertarlo. ¡Y qué vida la suya al lado de semejante mujer una vez que el corazón diese vida a la piedra! Olvidó completamente el peligro de quedarse allí. Bajo los soportales del puerto oyó hablar, como de una cosa vaga, del buque donde hasta entonces había pensado alejarse. Contempló tan sólo con simples miradas de curiosidad los grupos de emigrantes tumbados en la espera. Y se acercó luego a la calle Real llena de gente, por si aún veía a Lolita.

A las nueve llegó a la fonda.

—¿No ha visto a don Juan? — le preguntaron.

—Hará apenas hora y media que se dejó.

—Pues acaba de mandar recado de vaya a su casa inmediatamente.

Marchó con una zozobra en el alma. ¿Qué le quería? ¿Qué ocurriría? Don Juan estaba ya esperándole y le estrechaba la mano como para darle alientos.

—Una novedad.

—¿Desagradable?

—Pocas hay en la vida que no lo sean.

Y explicó que se le buscaba desde hacía unas horas. Había ya noticia de su presencia en la ciudad.

—Afortunadamente, el buque sale mañana y aquí no te buscarán esta noche.

Jaime comenzó a pasear desconsolado, deteniéndose de tiempo en tiempo para rezongar:

—¿Qué hemos de hacerle!

Preguntó a poco cómo se había sabido aquello, y se fijó entonces en la presencia de Lolita, de Lolita que quería verle allí a toda costa, y en la hora de peligro, enterándose tal vez por su padre, corría a avisar, a salvarlo... Entonces le dió las gracias y ella sonrió tristemente.

—No será mucho; pero algún corazón puede ver que lo tengo.

Don Juan invitó a cenar a Lolita para animar la cena y mejor honrar la despedida. Mandóse aviso al Gobierno y luego el dueño de la casa comenzó a hablar, a recordar divertidamente historias de otros que, habiendo salido en muy peores condiciones, habían conseguido allá tan grandes triunfos. Jaime sonreía.

—Pero yo no conseguiré nada. Mi viaje es casi un viaje de ida y vuelta.

—¿De ida y vuelta! Ya me lo dirás dentro de poco. ¡Con tu juventud, con tu nita estampa, con las mujeres que hay!

Y miraba a Lolita como pidiendo apoyo en la desaprobación de aquel surdo. En la frente de la muchacha dibujó una arruga penosa, y Jaime contempló a don Juan casi con ira. Cuando éste se hubo alejado para escribir unas cartas, buscó un momento de soledad con Lola y le habló impetuoso:

—No le haga caso. No hay mujer que pueda hacerme olvidar la impresión que usted...

Lola se encogió de hombros.

—¿Por qué no evita — prosiguió

— toda sombra de posibilidad para... ¿Por qué no quedamos ya sinceramente comprometidos? ¿Por qué no me lleva la esperanza de que usted piensa en mí, de que desea mi vuelta y sueña en otra cosa?

La muchacha meditó un instante y respondió al fin:

—Porque no quiero desengaños.

Y hasta fué capaz de reír, de alborotar como siempre. No importó que un rugido bronco, un rugido de alimaña, cravesase la noche y que don Juan dijera:

—Ahí está el buque.

Lolita seguía riendo, con una risa que Jaime le pareció nerviosa, exagerada... Acercáronse todos a las ventanas de la galería, que daban al puerto. La noche era oscura y una llovizna que comenzaba la oscurecía aún más. Los faros verdes y rojos del muelle difundían su luz entre el polvo de agua flotante en el aire. Y de allá, de aquella sombra, vino de pronto otro rugido lúbrico.

—Es el buque, es...

—El buque que le llevará hacia la fortuna, hacia el amor de esas mujeres de don Juan tanto habla.

Jaime tuvo una idea consoladora.

—¿Qué es eso, Lolita? ¿Celos? ¿Desconfianza?

La risa musical de Lola alborotó nuevamente el recinto. Jaime se indignó ante aquella risa sin causa y sin término.

—Por poco que una persona interese se le despide así... Sólo odiándola.

—Tiene razón. Perdóneme. Ahora recuerdo que le he prometido llorar desesperadamente cuando llegase esta hora. Pues mire...

Señalaba una gran mancha de agua salada de los floreros que, por dejarlos solos, Carmen había comenzado a regar. Y ya Jaime se alejaba disgustado, dispuesto a renunciar para siempre a aquella criatura todo frivolidad, donde el corazón no podría nacer nunca, cuando la vió sentada en el diván, con la cara entre las manos como sacudida por una congoja.

—Lolita!

No contestó la muchacha, no se movió siquiera, y él, con una esperanza luminosa, se atrevió a sujetarle dulcemente la cabeza, a levantársela poco a poco.

—¿Pero de verdad está llorando?

—Déjeme!

—¿Cree realmente que no voy a volver? ¿Le parece todavía posible después de esto?

Carmen los contemplaba, enternecida, desde el fondo de la estancia, y se acercaba, sonriendo.

—Si ahora no volviese, tampoco yo se perdonaría.

Don Juan fué a buscarle antes aún del amanecer. En la calle seguía lloviznando, y aquellos grupos de emigrantes que Jaime vió el día anterior comenzaban a moverse hacia el muelle, más allá del cual esperaba la mole sombría del trasatlántico. Entró en un bote. Otros botes llenos de gente iban también por las aguas. Se alejaba hacia atrás, como despidiéndose de la ciudad radiante donde había pasado los días más felices de su existencia. Allí estaba, entre las claridades lívidas del amanecer, encendidas aún las luces del mirador público.

Buscó entre el caserío la mole del Gobierno civil, donde Lolita vivía. ¿Sería capaz de esperarle realmente? ¿Volvería antes de que se hubiese disipado en aquella alma su recuerdo? Continuaba mirando a la casa donde sentía que debía la felicidad toda de su vida, y de pronto se sobresaltó. Una luz acababa de encenderse, iluminando una de las ventanas del edificio. Y aún no había terminado tiempo de reponerse de su sorpresa, cuando se abrió la ventana y una sombra clara adelantó hacia los hierros del balcón. Entonces sintió los ojos llenarse de lágrimas. La blanca sombra, sin distinguirla en la confusión de los botes, agitaba un pañuelo. ¡Había pensado en él! ¡Había madrugado para despedirse! ¡Tal vez no durmiera siquiera!

Ya no veía la blanca silueta ni el pa-

nuelo.

Un mozo comentó, envidioso:

—¡Va ricamente! ¡Como no iría en primera!

Fué pasando la noche, iluminada por el resplandor de una luna triste que la llovizna casi se comía. Muy tarde, al alba ya, se detuvo el buque. Oyóse un ruido horrisono de cadenas que rodaban, y Jaime, incorporándose, vió, a la luz indecisa del amanecer, las vagas siluetas



ñuelo blanco, devorados por la distancia. Estaba ya en el buque, aislado y como abandonado entre aquella multitud venida de tan diversos parajes de la tierra. Y el buque comenzó a moverse... Iba lleno de gentes silenciosas y hoscas, tumbadas en cubierta bajo los toldos. Jaime todo el día estuvo viendo la costa que el barco rozaba. De noche, sin cenar, bajó a acostarse, a tumbarse. Subió despavorido; en aquella nave de cuartel olía de un modo horrible. Una vieja, paisana suya, le hizo colchón con una manta, y una moza, hija de la vieja, le ofreció el regazo para almohada.

—¿Va bien?

—Voy muy bien, gracias.

de unos montes. El buque acababa de llegar a puerto. Pero ¿adónde? ¿En qué sitio estarían? ¿Cuánto andaba aquel buque en unas veinte horas? De repente creyó reconocer las crestas de los montes ya más claras, y al cabo de un rato no dudó. Estaban en la bahía de Portomouro. Aquel pico era el Penedal, y aquella masa de árboles, la quinta del conde... Por allí, por detrás del Penedal, se iba a su casa. Y por, delante de la quinta pasaba el tren hacia Herculina.

Cuando ya el día triunfó del todo, comenzaron a venir hacia el buque gabarras y botes y a entrar en él nuevas gentes, nuevos pueblos. Los botes y las gabarras fueron después alejándose. Só-

lo se veía una falúa, la de las autoridades, adosada a la escalera. ¡Cómo envidió Jaime a aquella gente que se quedaba! ¡Con qué brillo de relámpago fulguró dentro de su alma la idea de quedarse también! Aún era posible, y dentro de unos minutos todo estaría perdido; alejado él otra vez de aquellos parajes y quién supiese hasta cuándo. ¿Qué le importaba la prisión en Herculina, si Lola le vería sufrir por ella? ¿Por qué marcharse? ¿No era cien veces preferible la prisión al destierro que le separaba de Lolita, y tal vez, dificultándole el retorno, se la hiciese imposible?

Las autoridades del puerto ya venían, cubierta adelante, con el capitán del buque. Y Jaime no lo pensó más, no vaciló más. Bajó por la maleta, su único equipaje, y tornó jadeante. Los empleados estaban aún en la falúa; pero ésta no se había alejado, ni la escalera estaba subida.

—¡Esperen un instante!

—¿Y usted?—le preguntaron ya abajo.

—Yo venía únicamente a Portomouro y me quedé dormido. A poco más despierto en América.

Apartóse la falúa y Jaime lanzó al espacio un suspiro casi tan ruidoso como el pitar de despedida del vapor.

Ya en Portomouro escribió a Carmen contándole todo y diciéndole que al otro día estaba en Herculina. Y apenas terminado el viaje, dejó la estación, cuando tropezó con Celestino, quien no pareció sorprenderse.

—¿Y Lola?—preguntó Jaime.

—No me hable. Es una coqueta, una tonta...

Y le contó, apaciguando la inquietud del otro. Estaban concertados para dirigir el cotillón del *Sporting*. Hasta última hora le animó. ¡Y luego, no había aparecido!

—¡Un cotillón tan brillante! ¡Con la pareja que haríamos los dos! ¡Y nada! ¡Ni una explicación siquiera!

Directamente marchó Jaime a casa de don Juan. Como en el viaje anterior, Carmen corrió a recibirlo.

—Sube de prisa que tengo una sorpresa para ti...

La sorpresa era Lola, enterada ya por Carmen y que había acudido a esperarlo. Después de tenderle la mano, afectó censurar aquella conducta.

—¡Y yo que, por primera vez en mi vida, madrugué anteayer para despedirle!

—Pero yo había prometido volver en busca de una cosa que usted de otro modo no quería darme, y aquí estoy. ¿Le parece pronto? No me importa ya que me prendan. Sólo me preocupa en la vida su cariño. ¿Puedo contar con él?

Lolita rompió a reír.

—Ahora lo que tendría gracia, y mucha, era que, en efecto, yo careciese de corazón y me riese de todo esto...

—Sí... Tendría una gracia horrible.

Afortunadamente, ella se le acercaba de nuevo, conmovida, agradecida.

—Pero no. No quiero ser ya una mujer graciosa.

Carmen se había apartado para dejarlos hablar más tranquilos, y pasada apenas media hora se hablaban de tú. Lolita le agradecía su vuelta. Al verlo alejarse, creyó que se le acababa el mundo. Desde que por primera vez lo había visto en aquella casa, lo tuvo por suyo; pero comprendió que si lo dejaba marchar lo perdería. Así y todo, ella misma, un instante aturdida por un telegrama que vió casualmente en la mesa de su padre, preparó casi la fuga.

—Tal vez no tenga corazón, tal vez no debiera alegrarme de esto. Pero no puedo dejar de ser franca. ¡Qué bien has

LIBROS RECIBIDOS

hecho en no marcharte, y cuánto te lo agradeceré toda mi vida!

Llegaba don Juan, ignorante aún del verdadero motivo de la vuelta, y se cruzó de brazos ante Jaime.

—¿Qué ha sido esto? ¿Por qué has hecho esto? ¿Te mareabas? ¿Te dió miedo el mar? Pues de la cárcel, al menos mientras las cosas se ponen en claro, no hay quien te libre. Conozco a Mosquera, conozco a los caciques de Antas.

Lolita sonreía, sin importarle que don Juan viese los sentimientos de su corazón.

—De mi padre respondo yo, tranquilízase. Antes dímite. Si quieren prenderlo tendrán que nombrar otro gobernador.

—Pues lo nombran.

Seguía riendo la muchacha, feliz, alegre como nunca. Y se dirigió especialmente a Jaime.

—No te importe. Si te prenden, no lo pasarás mal. Prometo hacerte d'aria-miente la comida y llevártela yo misma a la cárcel. Y algún día has de salir, y, en la cárcel te tengo más seguro que por esas tierras adonde ibas.

Francisco CAMBA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Hombres de España, por Alfonso Camín. — Libro es éste por demás interesante y merecedor de caluroso elogio. Su autor, un español poeta andariego, con alma de conquistador, digno de haber nacido en tiempos más propicios, se ha formado literariamente en América, donde ha sido un esforzado paladín de nuestra causa. Con esa noble obsesión de todo español que vive lejos de su patria, al regresar ahora a ella, y seducido por el esplendor de nuestros valores actuales—tanto más altos y prometedores en este ambiente nuestro, mezquino y caduco, que se agrieta y derrumba—, ha compuesto su libro para lanzarlo por los países del Nuevo Mundo, como un fervoroso canto de afirmación y de esperanza.

Personalidades tan ilustres como las de Ramón y Cajal, Palacio Valdés, Melquiades Álvarez, Valle Inclán, Concha Espina, Tomás Bretón, Victorio Macho, Emilio Carrère y otras muchas desfilan por las páginas de este libro, admirable-

mente trazadas por la vigorosa pluma de Alfonso Camín. Faltan algunas de singular relieve, que pudieran haber ocupado el lugar de otras que sobran a todas vistas. El autor, ausente tanto tiempo de España, se ha dejado deslumbrar por algunos figurones y figurillas de oropel, que desentonan en la brillante falange. Esto no obstante, su libro, amenísimo por todos conceptos, avalorado con magníficas ilustraciones y escrito en una prosa limpia y fuerte, es una obra lograda que enaltece al literato y al periodista.

Manantiales en la ruta, por Fernando González.—He aquí un poeta. Los manantiales que va abriendo a lo largo de la ruta con el pico diamantino de su verso son riquísimos veneros de poesía para todo caminante. Surgen los versos con encantadora fluidez, transparentes, dorados, llenos de luz y de aroma. Rico en imágenes y en ritmo, este poeta, que conoce todos los secretos de la métrica

y es clásico en la forma, en su espíritu moderno, henchido de ansiedades, no troceda ante ninguna audacia. Hay en este libro de poesías, para el que es bió los últimos versos de su vida el glorioso Tomás Morales, composiciones de toda belleza y emoción.

Agotada en pocos meses la edición que se hizo de las admirables novelas de

PÉREZ DE AYALA

LUNA DE MIEL, LUNA DE MIEL

Y
LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA

acaba de ponerse a la venta la segunda edición.

El éxito más considerable del año actual.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

MADRID

Apartado 502

DE LA FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

Cinco lustros van transcurridos desde que la Casa Martini Rossi, de Torino, se presentó «danza en ristre y adarga en astillero» en la palestra del mercado español, dispuesta a reñir batalla a la Popularidad, supremo galardón a que aspiran los productos que, con dictado de excelencia, luchan por coronar las altas cimas de la industria mundial.

La constancia de los creadores del «Vermouth», bien seguros de que su producto reunía condiciones ventajosísimas para vencer en buena lid a cuantos su camino cruzasen, halló, sin gran esfuerzo, en las trompetas de la Fama una afirmación rotunda de que la victoria coronaba el lance, y hubo necesidad de atender a la demanda creciente con la superproducción, aurora boreal que lleva entre sus rayos luminosos la cumplida satisfacción moral y material de los productores: moral, por la íntima felicidad que proporciona la consecución de lo que se pretendió conseguir; moral, también, por cuanto la extensión del radio de triunfo conduce a aménorar la crisis del hambre en numerosos hogares con la recepción de nuevos obreros; material, porque la amplitud de la zona, iluminada por el éxito afirma y engrandece el capital inicial con el ingreso constante.

Y fué preciso que la fábrica origen del engrandecimiento de esta industria, cuyo producto nos recreó tantas veces con sus delicias, sobrado conocidas para ser recordadas ahora, ampliase sus medios productivos, y ahí está, como fiel demostración de que los hechos corroboran lo que las palabras afirman, la reciente y grandiosa edificación que en San Martín de Provenza se alza, como un canto de victoria, para atender con su incesante producir a las necesidades siempre crecientes del mercado hispano.

La fábrica española del Vermouth Martini Rossi, que guarda entre sus muros la maquinaria más moderna para la elaboración del producto tiene capacidad para cinco millones de litros, con lo que, además de permitir en todo momento que el consumo nacional esté perfectamente atendido, permite conservar, para atenciones futuras, una cierta cantidad de «Vermouth», al que el tiempo y el reposo concedan las excelencias de los pro-



ductos añejos, que en este caso sirven para acrecentar las excelencias iniciales.

Ahora, y con ocasión de la Feria de Muestras que se celebra en la ciudad condal, la Casa Martini Rossi, representada por su delegado gerente, D. Antonio Fabregat, culto, inteligente y amabilísimo, ha contribuido al esplendor de la obra total con su instalación, de gusto refinado y serbo, y en ella, por deleite y satisfacción general, se ha ofrecido «Vermouths» gratuitos a cuantos visitantes se han acercado al «stand» propaganda desinteresada, ya que la marca «Martini & Rossi» no puede ofrecer las primicias de su bondad a nadie por ser sobradamente conocida de todos.

A las muchas felicitaciones que recibe el Sr. Fabregat unimos la nuestra, sincera, toda vez que a él, en gran parte, se debe la marcha progresiva del producto hacia el horizonte de la admiración general, porque D. Antonio Fabregat es un hombre moderno, un hombre que reúne esas cualidades de actividad, incansante, de ilustración cultivada, de amabilidad sin hipocresías, de don gentes, que se resumen actualmente en el dictado del «savoir faire».—M. B.

COMERCIAL PIRELLI (S. A.)

BARCELONA.—Ronda de la Universidad, 18

MADRID: Alcalá, 73.—BILBAO: Gran Vía, 43.

SEVILLA: Plaza de Santo Tomás, 29.—LA

CORUÑA: Plaza de Orense, 6.

Cobre en «wirebars», lingotes, catodos, etcétera.

Zinc electrolítico «Anaconda».

Alambres, cables y pletinas de cobre electrolítico.

Hilos y cables aislados para todas las aplicaciones de la electricidad. Cables flexibles para lámparas. Cables eléctricos subterráneos para alta y baja tensión. Cables telegráficos, telefónicos, subfluviiales y submarinos. Accesorios para el montaje de cables.

Manufactura de caucho para usos industriales, aplicaciones médicas e higiene. Mangueras, tubos de goma, anillos, telas engomadas, sacos para gas, accesorios para máquinas de sulfatar.

Neumáticos, cámaras de aire, macizos para camión.